

Necesitas la mar, te enseña... Hoy trataremos sobre...

EL HUNDIMIENTO DEL ACORAZADO MAINE

(Extraído y adaptado del artículo "El almirante Rickover y el hundimiento del USS Maine".

Autor Jose M^a Treviño Ruiz. RGM OCT 2023. Pp. 537-547)

El hundimiento del acorazado norteamericano *Maine*, - o Maine- fondeado en el puerto de La Habana en febrero de 1898, fue el detonante de la injusta y breve guerra hispano-norteamericana. Las apetencias de Estados Unidos por la próspera y fértil Cuba eran evidentes. Situada a menos de 90 millas de las costas de Florida pretendió la compra de la isla al Gobierno español por una cantidad que llegó hasta los 300 millones de dólares.

La firme negativa de España a venderla y los grandes intereses norteamericanos en la isla propiciaron que los estadounidenses armasen soterradamente a los insurrectos cubanos, pensando de esta forma controlar Cuba.

El 25 de enero de 1898 entraba en La Habana el acorazado *Maine* para *(entre comillas)* «proteger los intereses norteamericanos durante la guerra de independencia cubana». Las autoridades estadounidenses no avisaron con la antelación suficiente de la escala de este buque en un puerto español, lo que era una clara descortesía diplomática. Se amarró a una boya en la dársena.

Buque de casi 7000 toneladas y una eslora cercana a los 100 metros era prácticamente nuevo. Con errores de diseño, por ejemplo, estar ubicadas las carboneras junto a los pañoles de munición. La fatídica noche del 15 de febrero de 1898 el *Maine* saltaba por los aires tras oírse una terrible explosión por toda La Habana.

La mayor parte de la dotación de 355 hombres estaba descansando en los sollados de proa. 258 murieron instantáneamente y ocho heridos días después. Hubo 89 supervivientes. Los buzos norteamericanos rescataron 143 cadáveres de entre los hierros del casco.

La prensa amarilla, entre otras, de los periodistas William Hearst y de Joseph Pulitzer, no cesó de envenenar a la opinión pública teorizando que el hundimiento del *Maine* se debía a una mina o torpedo, dirigida bien por las autoridades españolas o por militares extremistas, todo ello sin informe oficial al respecto. Su eslogan «Recordar al Maine» (*Remember the Maine*) fue un revulsivo para toda la sociedad norteamericana.

El informe del equipo de investigación de la Marina estadounidense, carente de personal técnico cualificado, tampoco contribuyó a moderar la situación, pues tras interrogar a alguno de los supervivientes y examinar los informes de los buzos de la US Navy dictaminó que la explosión había sido provocada y externa, por lo que sólo había un culpable del desastre: España.

La comisión de investigación española, dirigida por el capitán de fragata Pedro Peral, resolvió todo lo contrario, gracias a su propio equipo de oficiales y buzos que contabilizaron un total de 120 horas de inmersión, y a los que Estados Unidos no permitió trabajar conjuntamente con los buceadores estadounidenses.

El informe de Peral especificaba claramente que la explosión había sido interna, causada por la combustión instantánea del carbón bituminoso, al observarse las planchas del casco abiertas hacia afuera a la altura de la cámara de calderas y carboneras, con abundancia de carbón en los alrededores, de la misma forma que tampoco existía un cráter en el fondo, característico de una explosión submarina, ni se había detectado una columna de agua ni había peces muertos en el puerto.

A esta crispación contribuyeron el subsecretario de Marina Roosevelt, que refutó un informe del capitán de navío norteamericano Alger, experto en explosivos, en el que atribuía el accidente a una explosión interna. La presión de la opinión pública hizo al indeciso presidente McKinley declarar la guerra, tras la negativa del Gobierno español a someterse a un ultimátum vergonzoso. El resultado es de todos conocido, con las derrotas en Cavite y Santiago de Cuba. En 1911 se reflató el barco, 66 cadáveres se recuperaron y se trasladaron al cementerio de Arlington. En 1912 fue hundido a cuatro millas de la costa cubana.

El almirante norteamericano, Hyman G. Rickover investigó por su cuenta el episodio del *Maine*, pues la versión oficial no le convencía. Reunió la información de las dos comisiones navales de 1898 —norteamericana y española—, la de la Junta de Inspección Naval de 1911, documentos de la Armada española, periódicos de la época de ambos países, fotografías del casco en seco, etc., y llegó a la conclusión de que la explosión no había sido externa provocada por una mina o torpedo.

«No se ha encontrado ninguna certeza técnica en la documentación examinada de que una explosión externa iniciara la destrucción del *Maine*. Las pruebas disponibles están en consonancia únicamente con la explosión interna. Por lo tanto, llegamos a la conclusión de que una fuente interna fue la causa de la explosión. La más probable fue el calor de un incendio en la carbonera contigua al pañol de reserva de los proyectiles de 6 pulgadas. No obstante, como no hay modo de probarlo, no pueden eliminarse como posibilidades otras causas internas».

El almirante Rickover, fiel a sus convicciones de hacer prevalecer la verdad sobre una injusticia histórica cometida con España, publicó en 1976 el libro *Cómo se destruyó el acorazado Maine*, con un detenido relato de lo acaecido en 1898, más el informe de la comisión Hansen-Price, con fotografías y planos del diseño del buque para que no hubiera ninguna duda al respecto.

Capitán de Navío Eduardo Bernal González-Villegas, IHCN, Onda Pesquera de Radio España.

Resumen.

El hundimiento del acorazado norteamericano USS *Maine*, fondeado en el puerto de La Habana en 1898 fue el detonante de la injusta y breve guerra hispano-norteamericana. Siendo España la acusada del hundimiento informes posteriores de ambas marinas concluyeron que la explosión no había sido externa, provocada por una mina o torpedo, sino interna de abord.



Explosión del *Maine*, 1998